

LA CRISIS DEL PODER

«Hay momentos históricos en la vida de los pueblos en que el sacrificio adquiere tal densidad social que su presencia se hace manifiesta para todos. Desbordando los resguardos sociales contruidos para mantenerlo dentro de los límites de lo tolerable aparece con violencia a los ojos de la población. El sacrificio escapa en estos casos de la esfera del individuo privado y vuelve a ser un asunto de Estado».

Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina*

«Ya los exaltados y los moderados, todos malvados, todos los traidores: Danton, Desmoulins, Hébert, Chaumette perecieron a manos del Verdugo. ¡Salvose la República! [...] Sin embargo, ¡cuántas sorpresas y cuántas inquietudes ha de sentir un verdadero patriota! ¿No es bastante que traicionaran al pueblo un Mirabeau, un Lafayette, un Bailly, un Pétion, un Brissot? Quiso la fatalidad que fueran también traidores los que denunciaron a esos traidores. ¡Parece imposible! ¡Todos los que intervinieron en la Revolución deseaban el fracaso de la Revolución! [...] Pero, entre los que preparan la muerte de los pérfidos Danton y Chaumette, ¿no descubrirán mañana los azules ojos de Robespierre otros hombres más pérfidos aún? ¿Hasta dónde llegará el encadenamiento execrable de traidores traicionados y la perspicacia del Incorruptible?».

Anatole France, *Los dioses tienen sed*



En el prólogo mencionamos que Moisés Naím hacía en su texto *El fin del poder* una descripción adecuada de las transformaciones que el poder del poder está viviendo a nivel mundial, pero que su obra tenía escaso alcance explicativo debido a su poca profundización teórica. Ahora que tenemos un contexto teórico para tratar de entender lo que ocurre, resulta útil explicar brevemente cuáles son los cambios registrados por Naím que él agrupa bajo tres categorías que llama revoluciones: la del «más», la de la «movilidad» y la de la «mentalidad».

La primera revolución descrita por Naím, la del más, se refiere al aumento de todo, pero especialmente al crecimiento y expansión de una clase media mundial numerosa, longeva, mejor informada, más capacitada, más expectante y más impaciente. También, en muchos casos, más joven. La segunda revolución, la de la movilidad, se refiere a la intensidad, calidad y volumen del desplazamiento de las personas, dinero y comunicaciones entre países y, dentro de los países, entre el campo y la ciudad. Esto, según Naím, trae aparejados importantes trastornos políticos, porque «cuando las fronteras se vuelven porosas y la población gobernada —o controlada— es más móvil, a las organizaciones establecidas se les complica mantener su dominio».¹ Finalmente, la revolución de la mentalidad se refiere al cambio en «valores, criterios y normas» reflejado en «la creciente importancia que se atribuye a la transparencia y los derechos de propiedad, así

¹ Moisés Naím, *El fin del poder*, p. 104.

como a la justicia en el trato que la sociedad da a mujeres, minorías étnicas y de otro tipo (homosexuales, por ejemplo) e incluso a los accionistas minoritarios de las empresas».² Este cambio, por supuesto, estaría muy relacionado con los cambios demográficos, la expansión de la democracia, la prosperidad económica, el aumento de la alfabetización, el acceso masivo a la educación y la explosión de las comunicaciones. En otras palabras, estaría estrechamente relacionado con las otras dos revoluciones.

El resultado, que Naím llama «fin del poder», corresponde básicamente a la incapacidad de las estructuras sociales tradicionales para mantener su autoridad. Nunca el poder parece haber estado tan desacralizado como ahora, emergiendo cientos y miles de micro-poderes que les disputan su legitimidad. Vivimos en una sociedad mundial cada vez más interconectada y, a la vez, fragmentada, cuya fragmentación oscila entre el pluralismo y el caos.

El fin de la Guerra Fría contribuye directamente a esta fragmentación, en la medida en que los relatos legitimatorios que tenían como enemigo principal al «otro» ideológico desaparecen. Los fuertes discursos identitarios propios de la posmodernidad, la reivindicación del individualismo consumista, el narcisismo y la introyección del sacrificio (que ahora se comprende, a ratos, como un sacrificio por uno mismo) y de la violencia sacrificial³ contribuyen a hacer cada vez más difusa la existencia de lo común, generando una situación de desorden que tiene sus propias manifestaciones violentas en el suicidio y en los ataques individuales contra grupos de personas por parte de sujetos frustrados con la realidad (fuente de la que se alimentaría, según señalan algunos, el terrorismo islámico en Occidente). El consenso en torno a una víctima sacrificial que devuelva el orden parece imposible, pero la amenaza de la violencia de todos

² Moisés Naím, *El fin del poder*, p. 110.

³ La autoexplotación del trabajador entendida como forma de autorrealización es un fenómeno extendido en la sociedad moderna. Para la explicación de esta idea, ver libro *Topología de la violencia*, donde Byung-Chul Han explica las formas de autoviolencia en la sociedad actual.

contra todos se mantiene latente. En tanto, las agendas xenofóbicas van ganando terreno en los principales países desarrollados del mundo, mostrando que la posibilidad de que algo salga muy mal está a la orden del día.

El caso chileno es particularmente claro como ejemplo, primero, de los efectos de la Guerra Fría y, después, de los efectos de su desaparición. Lo ocurrido en Chile entre los años sesenta y ochenta del siglo xx constituye un caso cercano de quiebre de la unidad cultural. Este proceso tiene como principal momento el golpe de Estado de 1973, donde todas las instituciones van siendo arrasadas por un conflicto declarado entre dos grandes bandos, no exentos de sus propias luchas intestinas. Esto termina con una aniquilación de casi todos los elementos identitarios por ser apropiados por un bando u otro y, finalmente, en una lucha por reinterpretar sacrificialmente la historia del país para hacerla comenzar o bien con Pinochet o bien con Allende como héroes culturales sacrificados por la patria.⁴ Es por esto que a veces daba la impresión de que Chile era un país con menos de medio siglo de antigüedad donde solo se permitían dos modos de pensar mutuamente excluyentes (aunque con grados de radicalidad interna) entre los que deben ordenarse y clasificarse todas las personas y todos los fenómenos (incluidos los internacionales), siendo severamente castigada la pretensión de pensar por fuera de esos marcos.

El orden postdictatorial chileno obtuvo su legitimidad política de las víctimas de la dictadura. La Concertación gobernaba en nombre de los perseguidos, los torturados y los asesinados del régimen, en oposición a los cómplices de Pinochet. Esto le permitía ordenar al resto de la izquierda en torno a su proyecto, al mismo

⁴ Ver Pablo Ortúzar, «Violencia, mito y reconciliación», en *Las voces de la reconciliación*, ed. Hernán Larraín y Ricardo Núñez (Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2013), pp. 327-339; y Pablo Ortúzar, Carolina Tomic y Sebastián Huneeus, «El mesianismo político de Augusto Pinochet y la lucha por el espacio sacrificial», *Revista Temas Sociológicos* no. 13 (2009): pp. 231-247.

tiempo que negaba toda autoridad política a la oposición. Esta fuente de legitimidad extrapolítica, en el sentido de que no dependía del programa o de las medidas que tomara el gobierno, permitió que la Concertación mantuviera, durante la transición, el esquema institucional y económico heredado de la dictadura sin necesidad de articular un discurso político que justificara esa decisión.⁵ Cualquier crítica o pregunta de fondo podía ser evadida apelando al horror compartido de la dictadura.

El pinochetismo, en tanto, también era un discurso sacrificial, que planteaba a Pinochet como una especie de salvador de la Patria enviado por Dios y apoyado por la Virgen del Carmen (recordemos que Pinochet le atribuye una serie de intercesiones, incluyendo la aprobación del golpe de Estado y haberlo salvado de morir en el atentado de 1987). En el discurso pinochetista, el general asume cierta identidad con la figura de Jesús, al sacrificarse por el país. Esta idea está presente hasta el final en la mente del dictador, como puede verse en la «Carta a los chilenos» que publica luego de ser detenido en Londres, donde se declara inocente de todas las acusaciones, pero dispuesto a cargar con ellas —a convertirse en el chivo expiatorio— si con ello se detiene la violencia y el odio que corrompe al país. La idea del mesías perseguido y negado por los que ayer lo apoyaron —que eventualmente se darán cuenta de su error, cuando sea demasiado tarde— sigue viva en el discurso público de los escasos pinochetistas que siguen teniendo espacio en los medios de comunicación.

Pero además de las lecturas sacrificiales de lado y lado, existía una víctima común a la que políticos y tecnócratas de todos los sectores podían apelar para justificar sus acciones: los pobres. Los pobres fueron las víctimas en nombre de las cuales se forjó el consenso de la transición. Y la disminución de la pobreza fue la gran bandera de lucha de ese proceso que puso de acuerdo, en líneas generales, a

⁵ Esta característica de la transición chilena es analizada en profundidad en el libro de Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio*.

la izquierda y a la derecha. En nombre de los pobres muchos temas fueron dejados de lado —como el de la desigualdad— y muchas políticas públicas fueron consensuadas. He ahí, en buena medida, el origen del consenso tecnocrático y del ascenso al poder de los economistas: crecer económicamente para combatir la pobreza fue el imperativo de los años de consenso pragmático. Quizás el símbolo más claro de esto es lo citada que era, por economistas de todos los sectores, la famosa frase de Deng Xiaoping que dice «no importa el color del gato, lo importante es que cace ratones».

Todas estas fuentes sacrificiales de sentido, sin embargo, parecen tener, hoy, sus días contados: ya la izquierda gobernante no logra llamar al orden a la ultraizquierda apelando a la dictadura y a sus víctimas, ni tampoco logra deslegitimar a la derecha criticando sus «credenciales democráticas». El plebiscito de 1988 que dividió el país entre simpatizantes y detractores del régimen militar dejó de ser un punto de referencia desde el que podamos entender lo que ocurre hoy en la política chilena. Las víctimas de la dictadura son ahora «de todos los chilenos»,⁶ y sus victimarios son, por tanto, un chivo expiatorio consensuado.⁷ De hecho, el primer presidente de derecha elegido en democracia, Sebastián Piñera, votó en contra de Pinochet en ese plebiscito y será recordado por haber cerrado el penal Cordillera, donde varios exmilitares cumplían condenas por violaciones a los derechos humanos en mejores condiciones que los demás reclusos del sistema penitenciario, y además por haber llamado «cómplices pasivos» a los simpatizantes civiles del régimen militar.

⁶ El símbolo de este consenso es el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, inaugurado el año 2010 y cuyo presupuesto es equivalente a la suma del presupuesto de todos los demás museos de Chile.

⁷ La idea de que los victimarios directos deberían dejar de ser vistos como personas y pasar a ser tratados como «cosas sagradas» es planteada por Fernando Atria en su artículo «Reconciliación y reconstitución», en *Las voces de la reconciliación*, editado por Hernán Larraín y Ricardo Núñez (Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2013), pp. 145-158. Sin embargo, Atria explica, algo confusamente, que son sagrados porque «tienen alma», y no porque sobre la negación de su humanidad se haya construido un nuevo consenso político. Sobre el carácter sacrificial de algunas de estas condenas ver Odlanier Mena, *Al encuentro de la verdad* (Santiago de Chile: Maye, 2013).

Los pobres, en tanto, han sido desplazados de la agenda política por la presión de una amplia y frágil nueva clase media crecida al alero del crédito y el consumo. El éxito del combate contra la pobreza terminó relegándola, en tanto prioridad política, a un segundo plano.⁸ Las protestas estudiantiles levantan banderas que identifican principalmente a este mundo. Y ningún sector político, hasta ahora, ha logrado procesar esta transformación.

El triunfo electoral de Piñera es, de hecho, paradójico: él es el último presidente de la transición y el primero en gobernar sumergido en la situación que estamos viviendo hoy. La derecha pudo llegar al poder con él justamente porque las fuentes de legitimidad de la Concertación estaban desgastadas. Pero la derecha no tenía en nombre de qué otra cosa gobernar. No tenía fuentes de legitimidad alternativas, pues el discurso pinochetista había sucumbido hace años, y no era aún tampoco al presidente. Así, Piñera terminó apelando a un discurso basado principalmente en lugares comunes y que, por lo mismo, tenía un claro déficit de sentido. Un discurso estándar sobre la libertad, el desarrollo y el progreso entendido como aumento del producto interno bruto, un poco de «orden y seguridad», además de un par de ideas sobre democracia y derechos humanos tomadas del repertorio de la Concertación. Nada que pudiera operar como horizonte de sentido para el país transformado que las protestas del 2011 dejaron en evidencia. Protestas que, al no poder ser atajadas apelando a alguna fuente de autoridad, terminaron por hundir políticamente al gobierno y servir como tabla de salvación para Concertación,⁹ que asumió sus eslóganes como programa de gobierno, transformándose en la Nueva Mayoría. Pacto político que

⁸ Ver Catalina Siles, ed., *Los invisibles. Por qué la pobreza y la exclusión social dejaron de ser prioridad* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016).

⁹ Tabla de salvación, en algún sentido, y salvavidas de plomo, en otro, puesto que la abyecta reacción política de los parlamentarios de la Concertación durante las protestas estudiantiles tiene mucho que ver con la pérdida de autoridad política por parte de sus propios partidos e, inevitablemente, del gobierno de Michelle Bachelet. Esto también lo analiza con profundidad Daniel Mansuy en el libro *Nos fuimos quedando en silencio*.

mientras escribo estas líneas parece haber sucumbido políticamente por las mismas razones que el gobierno anterior: este es el primer gobierno de izquierda que no gobierna en nombre de alguna víctima.

La transformación del país, como vimos, no es solo política. El crecimiento económico y la ampliación del consumo (y de la clase media) han sido la otra gran fuente de legitimidad del orden institucional. Es lo que permitía, junto al discurso sacrificial, que no fuera cuestionado con demasiada fuerza el hecho de que la Concertación mantuviera las instituciones heredadas del régimen en nombre de las víctimas del régimen. Este desarrollo terminó generando una amplia y frágil clase media que, a su vez, comenzó a exigir que el sistema institucional cumpliera sus promesas y a protestar en contra de los privilegios y abusos existentes tanto en el Estado como en el mercado. Así, empieza a darse la paradójica situación de que los ciudadanos, al tiempo que rechazan los abusos del mercado y del Estado, parecen valorar las libertades económicas y, al mismo tiempo, exigir una mayor intervención estatal en función de asegurar oportunidades a todos para desplegar sus proyectos e intereses. Tal situación, por supuesto, deja más fuera de combate aún tanto a las visiones tradicionales de derecha como a las de izquierda.

Pero no es solo que el sistema político se haya vaciado de autoridad. Lo mismo ocurrió con la Iglesia católica, debido a los escándalos de pedofilia y de corrupción dentro del clero, además del rechazo en amplios sectores de su postura respecto a la homosexualidad. El sistema económico, en tanto, sufrió los escándalos de colusión y de financiamiento ilegal de la política, siendo arrastrado también al ámbito de la deslegitimidad. La academia y los «técnicos» fueron expuestos como productores de conocimiento interesado, por lo que tampoco parecen habilitados para cerrar las discusiones. La resistencia de las comunidades a cualquier proyecto extractivo, industrial o inmobiliario se multiplican, y alcanzan rápidamente envergadura nacional. Y a eso se suman las quejas, por parte de los empresarios, respecto a la falta de lealtad de las nuevas generaciones con las empresas

y la poca disposición de sacrificio laboral (crítica dirigida contra los llamados *millennials* en todo el mundo). Ninguno de los códigos de los sistemas parciales funcionalmente diferenciados tiene hoy la legitimidad necesaria para zanjar un debate.

Mientras tanto, los únicos discursos que parecen despertar adhesión resultan, al mismo tiempo, fragmentarios. El más importante entre ellos parece ser el de la educación universitaria gratuita, gran bandera de lucha de las nuevas clases medias. De a poco, también, toma fuerza una crítica algo genérica al sistema previsional. El resto se traduce principalmente en reivindicaciones identitarias o ecológicas: el feminismo, los derechos homosexuales, el ambientalismo o los derechos animales, entre otros. Y ninguno de ellos —ni siquiera el movimiento estudiantil— parece tener la capacidad aglomerante como para sostener una visión política integral. Junto con este tipo de discursos van emergiendo en el mundo popular visiones xenofóbicas y racistas que ganan terreno, alimentadas por prejuicios y mitos de todo tipo.¹⁰ Y las teorías conspirativas delirantes que entremezclan OVNIS, poder económico, terremotos, vacunas, judaísmo, masonería, el calendario maya, el calentamiento global, la floración de algas y el fin del mundo, entre otras cosas, ganan terreno en los medios de comunicación masiva,¹¹ al mismo ritmo que el descrédito de la «ciencia oficial» (y de cualquier cosa identificada como «verdad

¹⁰ Las policías chilenas han tenido que desmentir en varias ocasiones durante los últimos años que los supuestos aumentos en la cantidad y violencia de los crímenes se deban a la presencia de inmigrantes. Incluso han tenido que desmentir la existencia de ciertos crímenes atribuidos a personas de otros países, como en el caso del supuesto secuestro de niños para la venta de órganos.

¹¹ Quien quiera entender de lo que hablo puede buscar en Youtube «Salfate conspiración» y, de paso, conocer a Juan Andrés Salfate, la figura televisiva más famosa por la difusión de este tipo de relatos. También puede revisar el libro superventas —80 000 copias en su primera edición: algo totalmente poco común en Chile— *Historia secreta de Chile* (Santiago de Chile: Sudamericana, 2016) del escritor Jorge Baradit, quien lee pasajes importantes de la historia del país en clave conspirativa. También el sociólogo popular Alberto Mayol, que presenta la historia del país como una especie de gran conspiración elitista, pertenece a este fenómeno —ver su libro *Autopsia ¿De qué se murió la élite chilena?* (Santiago de Chile: Catalonia, 2016)—. Finalmente, creo que el libro de Axel Kaiser y Gloria Álvarez, *El engaño populista* (Santiago de Chile: El Mercurio, 2016), también es parte del género conspirativo, ya que básicamente presenta a Michelle Bachelet como una populista que pretende orientar a Chile hacia el castro-chavismo siguiendo unos supuestos pasos «que todos los populistas siguen».

oficial») avanza, y resulta difícil, en el debate público, separar lo que es charlatanería (o *bullshit*)¹² de lo que no lo es.

Las dinámicas sacrificiales, de hecho, están a la orden del día, pero no adquieren, por ahora, unanimidad respecto a la víctima. Como la nueva clase media pone el esfuerzo individual como eje de la dignidad (esfuerzo que les es «robado» por quienes no se esfuerzan y abusan de ellos), serán los ricos cuya riqueza es acusada de no provenir del mérito, sino del abuso, y los pobres dedicados al robo u otras conductas marginales quienes aparezcan como culpables. Los empresarios, los políticos, los delincuentes y los inmigrantes (porque vienen a «aprovecharse» y a «robar») son apuntados con el dedo en medio de la confusión. Los procesos de «linchamiento virtual» van en ascenso en las redes sociales, mientras que la «justicia por las propias manos» gana terreno en las calles. Lo políticamente correcto y la incorrección política operan, ambas, como patíbulo irracional para dar rienda suelta a la violencia y las acusaciones contra los demás.¹³ Todos, por supuesto, actúan y alegan en nombre de

¹² La charlatanería, según Harry Frankfurt, «no tergiversa necesariamente ni el estado de las cosas al que se refiere ni las creencias del hablante de dicho estado de cosas [...]. Dado que la charlatanería no tiene por qué ser falsa, se diferencia de las mentiras en su intención tergiversadora. Puede que el charlatán no nos engañe, o que ni siquiera lo intente, acerca de los hechos o de lo que él toma por hechos. Sobre lo que sí intenta engañarnos es sobre su propósito. Su única característica distintiva es que en cierto modo tergiversa su intención [...]. Al igual que el embustero, el charlatán da una falsa representación de sí mismo como empeñado en comunicar la verdad. El éxito de cada uno de ellos depende de que logren engañarnos al respecto [...]. Pero el rasgo de sí mismo que oculta el charlatán es que los valores veritativos de sus enunciados no tienen prácticamente interés para él; de lo que no hemos de darnos cuenta es que su intención no es informar de la verdad ni tampoco ocultarla. Eso no significa que su discurso sea anárquicamente impulsivo, sino que la motivación que lo guía y lo controla prescinde de cómo son realmente las cosas de las que habla [...]. El charlatán no está del lado de la verdad ni del lado de lo falso. Su ojo no se fija para nada en los hechos, como sí lo hacen, en cambio, los del hombre sincero y los del mentiroso, salvo en la medida en que pueda responder a su interés de hacer pasar lo que dice. No le importa si las cosas que dice describen correctamente la realidad. Simplemente las extrae de aquí y de allá o las manipula para que se adapten a sus fines», *On Bullshit. Sobre la manipulación de la verdad* (Barcelona: Paidós, 2006), pp. 66-69.

¹³ Al respecto, Daniel Mansuy nos dice que «el imperio de lo políticamente correcto —esto es, de un lenguaje que respeta puntillosamente todos y cada uno de los prejuicios del mundo contemporáneo— es una muestra de una sociedad que no soporta (y condena al ostracismo) a quienes exceden los márgenes del conformismo ambiente [...] es una forma algo torpe de mantener la unidad [...] es el postrero esfuerzo de las sociedades contemporáneas por conservar al menos alguna apariencia de unidad», *Nos fuimos quedando en silencio*. Sobre la dictadura de lo políticamente correcto y los procesos de linchamiento virtual, resulta imperdible el libro *Humillación en las redes. Un viaje a través del mundo del escarnio público* (Madrid: Ediciones B, 2016), del periodista británico Jon Ronson.

alguna víctima, y las víctimas propuestas como más importantes se multiplican tan rápido como los victimarios apuntados con el dedo.

En este escenario es que la «salida constitucional» planteada por el gobierno, es decir, la redacción de una nueva Constitución, parece un último recurso orientado a tratar de recuperar la legitimidad y el orden por medio de una ficción contractual. Muchos suponen, en efecto, que una nueva Constitución, lejos de la sombra de Pinochet, podría operar como fuente de legitimidad para el nuevo orden que surja de ella. Sin embargo, también es razonable pensar que tal idea responde más bien a una fantasía ilustrada que a la realidad.

La dificultad para seleccionar una víctima con la cual identificarse y un victimario al cual sacrificar (que ha redundado en una incapacidad total del sistema político para fijar prioridades políticas y económicas), por lo demás, dificulta una salida autoritaria o populista inmediata. Y si a eso se suma una población envejecida y una amplia clase media deseosa de «seguridades», más que de asumir riesgos reales, termina por dar la impresión de que Chile se podría encaminar, en el corto plazo, a una situación más parecida a la española que a la argentina o la venezolana. Esto es, a la construcción de un Estado de bienestar económicamente inviable surgido de una transacción mutua (sobre la base de una retórica de solidaridad y justicia) de «derechos y seguridades sociales» entre distintos grupos sociales y etarios —cuyo texto de acuerdo podría ser la nueva constitución—, que termine por estrangular la economía y llevar el desempleo (especialmente juvenil) a cifras importantes. Y una vez llegados a ese punto de crisis, ahora sí, podría darse el escenario para el ascenso de liderazgos más violentos, autoritarios, populistas o refundacionales. Pero recorrer ese camino, en todo caso, toma tiempo.

Al menos el populismo, que tanto asusta a las élites (al punto de consumir con fruición panfletos que lo advierten a la vuelta de la esquina), tal como lo entienden la sociología y las ciencias políticas, se ve como algo bastante lejano todavía. En su artículo «La experiencia

nacional-popular»¹⁴ el sociólogo Eduardo Valenzuela escudriña una serie de aproximaciones teóricas al populismo para luego entregar una definición de los rasgos centrales de este fenómeno. El más importante entre ellos, por supuesto, es la articulación del pueblo como sujeto político a través de un líder que ejerce un liderazgo que no está basado en el discurso, sino en la presencia y la participación. Es lo que conocemos como un «líder carismático»,¹⁵ objeto del culto popular. Este líder es el punto de fusión entre el Estado y las masas, disolviendo la diferencia entre Estado y sociedad que es propia de las democracias representativas. Su política económica, finalmente, sigue la misma lógica festiva e inflacionaria de sus altisonantes e irrelevantes discursos: es una política de apropiación estatal para la redistribución popular, pasando a ser el dinero un símbolo social en vez de económico. Por último, ya que el líder termina siendo el equivalente tanto del Estado como del pueblo, su permanencia en el poder tiende a eternizarse, gobernando principalmente mediante mecanismos plebiscitarios. Nada de esto parece presente en la actual política chilena.

Carlos Cousiño, en tanto, caracteriza el populismo a partir del «exceso» tanto de gasto como de palabras. En tal sentido, nos dice, «es una experiencia constituida enteramente en el espacio de un quehacer político fundado en la retórica, la cual presenta en lo fundamental una fuerte orientación antioligárquica acompañada de gran virulencia [...] y una lealtad fundada en el principio de reciprocidad que presupone el regalo y el don [...] de ahí su propensión a expandir el gasto público y su tendencia a la corrupción política».¹⁶ Además, asocia el fenómeno con ciertas características demográficas (sociedades jóvenes) y a ciertos fenómenos sociales (fuerte migración campo-ciudad y constitución de un mundo popular marginal a partir

¹⁴ Eduardo Valenzuela, «La experiencia nacional-popular», *Revista Proposiciones* no. 20 (1991): pp. 12-32.

¹⁵ Para ver la forma en que opera el carisma en las sociedades modernas, revisar el capítulo final del libro *Carisma* del antropólogo Charles Lindholm (Barcelona: Gedisa, 2001).

¹⁶ Carlos Cousiño, «Populismo y radicalismo político durante la Unidad Popular», *Revista Estudios Públicos* no. 82 (otoño, 2001), p. 194.

de esa migración). De nuevo, ninguno de estos elementos aparece hoy en el contexto chileno.

Lo que sí es claro, en todas partes, es que la pérdida del orden, de la forma y de los límites late como una amenaza sobre nosotros, al tiempo que una nueva sensación de prosperidad, dignidad, igualdad y libertad se despliega por el mundo. Y la pregunta es si, para recuperar el orden, nuestras sociedades echarán mano a la violencia sacrificial, o si será posible construir nuevas estructuras de convivencia sobre bases no violentas que sean sustentables (y no un mero aplazamiento de la crisis). Ese es, básicamente, el desafío que nos pone el siglo XXI por delante. Y tratar de imaginar, más o menos, las coordenadas de esa posibilidad es a lo que quiero dedicar el resto de este libro.